



Analectas

# El vino, del Corregidor Mejía

Adán Felipe de Mejía y Herrera nació en Lima el 22 de septiembre de 1896. El Corregidor como le llamaban sus amigos y seres queridos jamás firmó sus artículos y publicaciones, pero se le reconocía de inmediato por su estilo inconfundible.

Adoptó dicho sobrenombre cuando vivía con su abuelo y tíos en el distrito limeño de San Miguel, era el año 1924, a quienes siempre les corregía las faltas gramaticales, incluso al hablar, de allí que le llamaron El Corregidor.

Su padre Adán H. Mejía fue un médico destacado de la ciudad, y su abuelo, don Hilario, era un querido y reconocido boticario de la capital, su negocio siempre fue un lugar de visita del Corregidor desde muy pequeño, motivado por la manse- dumbre, prudencia y sabiduría de su

abuelo que muy cortésmente aten- día a sus visitantes ante la mirada inquieta y curiosa de su pequeño nieto.

El Corregidor fue formado en la facultad de letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y en 1928 ingreso como colaborador al diario El Tiempo, donde publicó una serie de crónicas limeñas con el título “De la viandanza urbana”, y también “Exhumaciones” a modo de críticas a los escritores de la época.

En 1934 escribió en “El hombre de la calle”, luego, desde fines del mismo año trabajó en “La revista sema- nal”. En 1937 se fue a “Universal” y sus últimas publicaciones fueron en “La Prensa” a partir de 1946 con los títulos “Ayer y hoy” y “Puntadas sin ñudo”; hasta que falleció el 5 de mayo de 1948.

El Corregidor fue un cronista humorista, utilizó muchos neologismos de su propia invención, con un estilo propio y fácilmente reconocible por sus matices; “era como una especie de oftalmología preventiva, que aliviaba al lector, alejándolo de miopías. Cuando había ya aglomeración en todas partes, veredas, calzadas, cines, escuelas, universidades, hospitales, etc..., las palabras de El Corregidor iban holgadas, como por una plaza, pero diestramente encaminadas”, así lo describe su amigo de la infancia Juan Francisco Valega en el prólogo de la primera edición del libro “Ayer y hoy” que publicó en 1959 con la recopilación de las crónicas limeñas que en La Prensa había escrito El Corregidor.

Crónicas que además se ocupan de los usos y costumbres de la cocina

limeña, porque El Corregidor era, además, un apasionado amante del arte de cocinar, lo que dejó nítidamente plasmado en muchos de sus escritos.

Juan Francisco Valega señala que “la vida de Adán Felipe Mejía, llamado El Corregidor, fue asendereada, congajosa, pero su máscara era risueña ó sonrisueña. Era bohemio en el más alto sentido del vocablo, en el de hombre bueno y libre. Fue un gran luchador a quien todos tenían por holgazán. Pero, su dolor, hecho risa eterna, le ganó la inmortalidad”.

En esta edición recogemos una de éstas crónicas extraordinarias donde se ocupa del vino y del arte de beber en la Lima de entonces, para su disfrute.

*“Era como una especie de oftalmología preventiva, que aliviaba al lector, alejándolo de miopías”*

## EL VINO

Todos los países de empuje tienen su típico licor, y se embriagan con él, abiertamente, sin hipocresías ni zonceras.

¡Y se emborrachan los días de las conmemoraciones nacionales!

¡Felices!

¡Alzando el vaso!

¡Chocando los cristales hasta que salten en astillas!...

¡Orgullosos de su tierra natal y el patrio líquido enardecedor y espirituoso!

¡Alegres!

No todos los países de la tierra disfrutan de licor nacional y de embriagueces privativas.

¡No!

Poseer licor propio, quiere decir que se tiene abolengo y trayectoria y luminosidad.

Que se influye en la historia del planeta.

Que se hace historia.

¡Que se es historia pura, ya que la historia no es el occiso pasado memorable, como quieren decir los rutinarios repetidores de las repiterías... sino el presente vivo!

Es presencia la historia...

Es civilización

¡Y una manera propia de beber, es cultura!

¡Es aporte!...

¡Vigor!

¡Influjo mundanal!

¡Personería!

¡Vida!

¡Viada!...

¡Fuerza!

¡Carácter!

¡Poderío!

¡Pujanza!

Los ingleses tienen su whyskey.

Los franceses, coñaque.

Los alemanes, sus cervezas...

Los rusos, vodca.

Los yanquis, mezclas endemoniadas.

Los belgas... ¡el ajenjo!

Los chinos, aguardiente de arroz.

Los catalanes, anicete del mono en Badalona...

Y los peruanos... ¡chicha y pisco!

Mas los griegos de Homero... ¡el vino de uva!

En puridad:

¡Sólo hay cuatro culturas en el terreno de la dulce embriaguez!

El griego, con su vino de uva.

El peruano, con su chicha dorada de maíz.

El alemán con su cerveza.

Y el árabe sensual, con su alambique destilador de alcoholaturas...

Todo los demás es confección...

Refinamiento.

Menjurje.

Corruptela.

Decadencia.

Combina...

Quieras que no, la más dulce embriaguez es la de uva.

Más natural.

Más fresca.

Más lozana y alegre y eglógica y jocunda.

La cantaron:

Virgilio

Horacio.

Ovidio

¡En versos inmortales!...

¡Aquel divino ciego, Homero Melesígenes, ha bebido del vino generoso de la vida de la viña de Grecia y halo cantado en versos que los dioses olímpicos escuchaban con gusto y se sabían de memoria!

¡Exámetros celestes!...

El Padre Baco, viejo dios crapulón y regodeos, protegía la viña sobre todas las cosas.

¡Oh, las paganas libaciones!

¡Las vacantes celestes... y rosadas!

¡Chipre!

¡Falerno!

¡Paphos!...

Después...

Vinos de Italia, leves.

Vinos de España, firmes.

Vinos de Francia, hábiles.

¡Vinos criollos!

¡Peruanos!

Vino de Chincha a tono de rubí.

¡Cachina!

Ica, multánime.

Moquegua, generoso.

Calango, retinón

Rinconada de Mala, edulcorino...

Surco, fácil al gaznateo.

Maddalena del Mar, pintoso, aborgoñado, oloroso a palillo.

Pedregal, azambado.

¡Cultivemos la vida y salvemos el vino, que es uno de los pocos  
placeres que restan al humano!

¡Ah, nuestros viejos vinos peruanos que nos entusiasmaban!

¡Oh, nuestros piscos!

¡Oh, nuestras uvas de todos los colores y de todos los gustos y todos  
los tamaños!

Los toneles enormes.

Las bodegas plétóricas.

Los pámpanos... honestos... castos... taperos...

Los sarmientos robustos, como boas, en los campos iqueños, rendidos  
bajo el peso de apretados racimos tamañazos...

¡Y el placer terrenal incalculable de beberse un buen vaso de vino  
pinturero, a la sombra sedante del parral, al crepúsculo, mientras  
canta la acequia y los grillos taladran... y se dirige en paz un pollo gordo  
enternecido en jugo de tomate, que se ha comido con anterioridad!!

¡Se pone el sol!...

¡Cae la noche!

¡Llega la felicidad!...

Fuente: Mejía, Adán Felipe (1959). *Ayer y hoy*  
(Recopilación y prólogo de Juan Francisco Valega)  
(1ª Edición). Lima: Ediciones Tahuantinsuyo.

